

# LOS REYES DEL TOREO

JOSE RODRIGUEZ RODRIGUEZ



JOSE RODRIGUEZ Y DAVIE



JOSE GALLEGO MATEO



**LOS TRES PEPETES**  
SU VIDA, SUS HECHOS,  
DATOS Y SU FIN TRÁGICO.  
POR UNO AL SESCO

**10** centimos

# Biblioteca secreta

SOLO PARA HOMBRES Y CASADAS

POR

**M. de Alba**

El mejor elogio que de esta BIBLIOTECA puede hacerse, es consignar que todo título aparecido ha tenido que ser objeto a los pocos días de ver la luz de una segunda edición.

Ella contiene al par que una provechosa enseñanza práctica de los preceptos que ordena la Higiene secreta, una deleitosa lectura que realiza un estilo pulcro y serio acomodado a la escabrosa índole del asunto.

La BIBLIOTECA SECRETA no debe faltar en la librería de ninguna persona que se interese por el mejoramiento físico de las razas. En ella se descubre la cortina que vela todos aquellos conocimientos de índole privada que por un mal entendido pudor se ocultan, con grave perjuicio de la generación y fecundación.

## TITULOS PUBLICADOS:

- 1.—*Misterios del lecho conyugal.*
- 2.—*Secretos del lecho conyugal.*
- 3.—*Placeres y vicios solitarios.* (En el hombre y en la mujer).
- 4.—*La noche de la boda.*
- 5.—*¿ Quiére V. conocer la virginidad a una mujer?*
- 6.—*Extravíos y pasiones amorosas.*

## RECIENTEMENTE PUBLICADOS:

- 7.—*Vicios y costumbres sexuales.*
- 8.—*La prostitución moderna.*
- 9.—*La perversión sexual.*
- 10.—*Cómo caen las mujeres.*
- 11.—*Higiene de los placeres amorosos*
- 12.—*Las enfermedades secretas.*

Cada tomo forma un volumen de 68 páginas, tiradas en buen papel, con grabados en el texto, y cubierta a cinco colores.

## PRECIO: 2 REALES

Estos libros se envían a vuelta de correo a quien los desee mediante el envío de su importe, el cual se puede enviar por Giro Postal o en sellos de franqueo.



# Los tres PEPETES

## I

JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

Si las coincidencias bastarán para dar origen a una superstición, o para que la superstición se arriesgase en la conciencia de los hombres, comprenderíamos que el mote de «Pepete» infundiese temor entre los que a la lidia de reses bravas se dedican.

Tres lo han llevado hasta el presente, y los tres han muerto de un modo trágico entre los cuernos de los toros.

Dirase que por su falta de aptitudes o facultades, estaban predeterminados a ello. No lo negaremos en absoluto, pero haremos constar que en ninguna de las tres cogidas de muerte sufridas por estos diestros, aquellas cualidades de que carecían, de tenerlas, las hubiesen evitado.

Quizás en el último «Pepete» la temeridad, de que algunos le acusan de «pisar un terreno» que no debía, podía ser tenida en cuenta; pero ni en la muerte del segundo, ni tampoco en la del primero, que ni pecó de torpe ni de temerario en ese caso sino únicamente de desprevenido, mayor arte ni más piernas, les habría librado de las astas de la res.

Curro Cúchares, al decir de Fernández y González, le confesó a éste que se alegraba de no haber estado en la plaza el día de la desgracia del primer «Pepete», pues la gente se empeñaba en que de hallarse él allí no habría acaecido.

—No crea usted eso, don Manuel—le decía el Curro—allí no tuvo nadie na que jasé, se lo hizo too el toro.

Y era así.

En cualquier otra forma, o en cualquiera de las otras cogidas que tuvieron los tres «Pepetes», hubieran podido afirmar los que sostenían que «eran de los toros» que habían pagado su deuda; en la forma que fueron muertos, la desgracia pudo ocurrirle de Pedro Romero a «Guerrita» a cualquiera de los toreros que más han dominado su profesión.

¿Es qué con esto queremos decir qué fué su Sino quién los mató?

Queremos historiar los hechos, sin tener en cuenta prejuicios, y nada más.

\* \* \*

Por orden cronológico pertenece el primer lugar en estos apuntes biográficos a José Dámaso Rodríguez y Rodríguez, que fué el primero que llevó como remoquete el diminutivo de su nombre (Pepe) «Pepete».

Había nacido en Córdoba, el 12 de diciembre del año 1824.

Aficionado desde muy joven a las lides taurinas, sus primeros ensayos profesionales los hizo como banderillero, a las órdenes de Antonio Luque (Camará), espada cordobés también, entonces de segunda fila.

En 1848, se le ve figurar como banderillero en la corrida celebrada en Madrid el 24 de abril de 1848, y luego en la del 3 de septiembre de 1849, aparece como sobresaliente, siendo los espadas Francisco Arjona, «Cúchares» y Julián Casas, el «Salamanquino», y los toros de don Juan José Fuentes, y del marqués de Salas.

En 1850, figuró como banderillero en la cuadrilla del excelentísimo diestro José Redondo «Chiclanero», alternando ese mismo año como matador, en Sevilla, con el infortunado Juan Lucas Blanco, el día 12 de agosto, que le cedió el toro «Gamito» de la célebre vacada de don Joaquín de la Concha y Sierra, de la que preceden no los actuales Concha y Sierra, sino los Pérez de la Concha.

En Madrid, alternó con su maestro «Redondo», a indicación de éste, en la gran corrida de Beneficencia, organizada por el entonces gobernador don Melchor Ordañez, y que se celebró el 4 de julio, en la que además tomaron parte «Cúchares», «el Cano, Pucheta, Don

Gil y Oliiva», lidiándose 14 toros, de los que mató nuestro biografiado el 4.º y el 8.º, de Fuentes y Elías Gómez, respectivamente, y que se llamaron «Cabrillo y Corso».

Cómo dígase lo que se quiera, eso de las alternativas siempre ha sido una ceremonia que a nada obligaba, «Pepete» que en la corrida de que acabamos de hacer mención, «alternó» con los matadores que quedaron citados, y en la plaza de Madrid, volvió luego a torear como banderillero con José Redondo en algunas plazas y en otras a matar toros figurando como tal matador al lado de los principales de entre sus contemporáneos. Y esto mismo le ocurrió a Manuel Domínguez y a otros diestros, sin que el banderillar o matar novillos, implicase renuncia de sus derechos como espada de alternativa.

El 27 de junio de 1853, en la plaza de Madrid, Cayetano Sanz, que no había toreado nunca con él, le cedió el primer toro de la corrida de aquella tarde, de nombre «Lagartijo» sin que significase el acto confirmación alguna de la alternativa, sino simple cortesía que en aquella época se practicaba siempre cuando toreaban por primera vez juntos, dos matadores.

En los años de 1855, 56 y 60, figuró de temporada en la plaza de la corte, y aunque su trabajo, jamás logró entusiasmar a los públicos, tenía José Rodríguez, simpatías por su buen deseo, seriedad y valentía.

Al comenzar la temporada de 1862, el día 20 de abril, ocurrió la catástrofe que así describe el erudito taurófilo señor del Alamo, que con el pseudónimo de «Recortes», suele firmar muchos de sus trabajos. (1)

«Se inauguraba la temporada lidiándose tres toros de D. Agustín Salido, y tres de D. Antonio Miura, por Cayetano Sanz y «Pepete», actuando de sobresaliente de espada Pablo Herraiz. Rompió plaza «Bragadito» (retinto claro), de Salido, que fué muerto por Cayetano Sanz, y salió a la arena «Jocinero» (berrendo en cárdeno, botinero, capirote), de Miura.

Apenas en el redondel se dirigió hacia «Pepete», quien lo corrió, saltando el callejón de la barrera por debajo de la puerta fingida y frente al tendido 13, dejando un poco de capa colgada de la barrera, a cuyo engaño le dió el toro varios derrotes instantáneos, que el espada no vió, porque le hablaron algunos aficionados del citado tendido.

(1) En los "Dramas del toreo", publicados por el autor de estas páginas en 1889, está descrito el accidente, pero opto por esta relación, que en poco difiere de aquella, para darle mayor autoridad a mis anteriores aseveraciones.

El bicho se fué hacia los centros de la plaza, y después se quedó parado en los tercios frente al tendido 14, a donde fué a buscarle el picador Antonio Calderón; el toro acometió al caballo, suspendiéndole y derribándole, cebándose en él y quedándose el picador al descubierto. «Pepete», que seguía hablando con los del tendido, vuelve la cabeza y ve expuesto a su picador, corriendo a librarle por el terreno de fuera, llevando en el brazo izquierdo el capote, sin duda para dar un recorte si el bicho le acometía ante de llegar a hacer el quite. El toro vió correr al diestro, y éste, sin tener en cuenta las reglas del lidiador ni las naturales salidas de los toros, salió al encuentro, y, no obstante hacer uso del capote, fué cogido, sufriendo un puntazo insignificante en la cadera derecha; tiró un derrote el toro y encunó al diestro, el que se agarró fuertemente a un cuerno; instantáneamente le dió otro puntazo en la tetilla izquierda y una gran cornada por debajo de la misma tetilla, destrozándole el pulmón y despidiéndole con violencia.

«Pepete» se levantó con trabajo, llevándose las manos a la cara como para limpiarse el sudor; pero inmediatamente cayó como muerto sobre la barrera, causándose en la caída una herida en la cara; conducido a la enfermería murió a los diez minutos de su ingreso».

El Bachiller González de Rivera, al hablar incidentalmente de esta desgracia, pone en labios de «Pepete» una frase para mi inédita hasta que en ese escrito la he visto publicada, y que yo copio, haciéndolo a la vez con todo un párrafo, en que el percance está descrito también, y algo se dice de lo que el torero fué, con esa precisión de frase que hace del excelente aficionado un escritor notabilísimo, al que leo siempre con gusto, aunque en muchas ocasiones disiento de su parecer, en lo que a la técnica y «filosofía» taurómaca se refiere.

Dice pues, el párrafo prometido:

«Era «Pepete» cordobés esforzado, patilludo y poderoso, torpón y atlético, bravísimo y desmañado, con la piel profusamente surcada de pitonazos, que al acudir atropellado a un quite al picador Antonio Calderón en la plaza vieja madrileña, en la corrida de inauguración de la temporada el 20 de abril de 1862, sufrió enorme encontronazo del toro «Jocinero», berrendo en negro, de Miura, que se salía suelto y que se llevó al espada en la cabeza, forcejeando hercúleamente porque no le emputasen los pitones. Resbaló sobre el esternón, arañándolo, el primer derrote. El segundo le partió el corazón. José Rodríguez Rodríguez («Pepete»), desprendido de la cuerna, se levanto, anduvo unos pasos, cayó y en la enfermería, cuando lo olea-

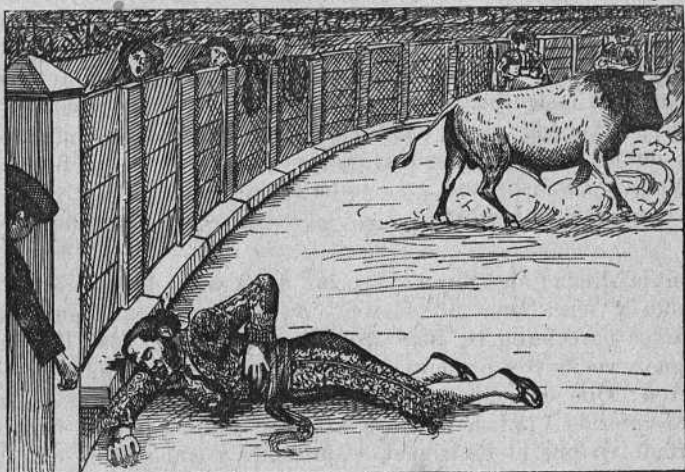


ban, abrió los ojos, ya apagados. «¿Es argo?» preguntó... y entró en la eternidad».

Ese «¿Es argo?» lo desconocíamos nosotros; y si no lo dijo el infortunado torero, debía haberlo dicho, rematando con tal pregunta el retrato que de él, los que de cosas de toros hemos leído, nos habíamos forjado: un valiente a prueba de cornadas.

Hemos copiado el relato de «Recortes», tan sólo por que anteriormente habíamos sostenido que esa cogida de «Pepete» no podía achacarse a falta de arte el que ocurriera, y afirmar «Recortes» que Rodríguez, no «tuvo en cuenta las reglas del lidiador y las naturales salidas de los toros, etc.»

Pregunto yo ahora, ¿un torero que lleva catorce años como tal



torero, es posible que no haya aprendido cosa tan necesaria para poder ejercer su profesión, como son las salidas naturales de los toros y las otras reglas «incógnitas» de que habla dicho escritor taurómico?

De no haberlas aprendido no habría toreado ese número de años. En esa cogida ocurrió que, como dice muy bien el Bachiller, toro y torero «se tropezaron», como se tropiezan a diario, como han tropezado todos los toreros sin excepción: pero para «Pepete» fué el tropiezo fatal aquella vez, por que así lo quiso la suerte, como la suerte,

la casualidad, es la que quiere, de lo cual me alegro infinito, que de un volteo, de un achuchón, etc., salgan ilesos la mayor parte de las veces los lidiadores.

¿Es que pretendo defender al primer «Pepete» del calificativo de ignorante que sus contemporáneos le dieron?

De ningún modo; ignorante, torpón, desmañado, valiente, todo tal y como lo dice el ya citado Bachiller; pero séame permitido pensar que de tener más ciencia, más maña, y menos torpeza el 20 de abril de 1862, de nada le hubiera servido, y que «Jocinero» y la fatalidad de común acuerdo, hubieran dado al traste lo mismo con todo.

Por referirse a nuestro biografiado, y como dato curioso que viene a probar que hace «sesenta años», los que llamamos los antiguos, no cobraban una insignificancia, transcribimos la copia de una escritura por la que puede verse también «Pepete» se hacía pagar poco menos de los mil «napoleones» por corrida, que había impuesto el gran Montes, como premio a su trabajo.

Dice así el documento:

«En la ciudad de Murcia a ocho de Agosto de mil ochocientos cincuenta y seis: ante mí el escn.<sup>o</sup> de S. M. y competente número de testigos parecieron D. Juan Rubio y Rubio y D. José Rodríguez y Rodríguez, vecinos el primero de esta capital y de Córdoba el segundo y dijeron: Que debiendo celebrarse dos corridas de toros de muerte en esta referida Ciudad, de cuya Plaza es empresario el Rubio, han concertado en que el Rodríguez se presente a trabajar en ella con su cuadrilla; y a este fin convenido en las siguientes bases:

»1.<sup>a</sup>—Las funciones de toros serán dos, y se verificarán en las tardes de los días siete y ocho de Septiembre del corriente año, o en los próximos si lloviese, corriéndose en la primera seis toros y siete en la segunda, que serán picados, banderilleados, y muertos, y aunque por la autoridad se concediese algún toro de más de los expresados anteriormente, no se exigirá por ello ningún sobreprecio.

»2.<sup>a</sup>—Será obligación de la empresa tener el piso de la plaza bien



nivelado y las barreras corrientes, como igualmente el servicio de cuanto sea necesario para la lidia de toros.

»3.<sup>a</sup>—Será de cuenta del mismo empresario la compra de los caballos que se necesiten para dichas corridas, con las circunstancias necesarias al objeto a que se destinan, los cuales provarán con anticipación los picadores para su debida aprobación según se acostumbra en la plaza de Madrid, y las monturas tendrán los requisitos indispensables que exige el trabajo a que han de ocuparse.

»4.<sup>a</sup>—Será obligación de los picadores picar los toros que se lijen en las dos citadas corridas, con la pulla arreglada a la ley que rige en la plaza de Madrid.

»5.<sup>a</sup>—Será obligación del empresario tener la plaza profesores en el arte de curar, que socorran inmediatamente a cualquiera de los lidiadores que se lastime o resulte herido en dichas corridas.

»6.<sup>a</sup>—El empresario pagará al José Rodríguez, por su trabajo y el de su cuadrilla compuesta de un segundo espada, además del Rodríguez, cuatro picadores, seis banderilleros y un puntillero, la cantidad de treinta y seis mil reales vn. en metálico sin descuento alguno por ningún concepto al concluirse la segunda de dichas corridas, o a la persona que autorice para su recibo el mismo Rodríguez.

»7.<sup>a</sup>—Si por fallecimiento de persona Real, hundimiento de plaza, incendio, prohibición del gobierno o autoridad competente no pudiesen verificarse las dos referidas corridas, deberá avisar el empresario de la novedad que ocurriese al D. José Rodríguez; pero si éste se hubiese ya puesto en marcha para el cumplimiento del compromiso que contrae, en este caso le abonará el empresario los gastos y perjuicios que se le originen.

»8.<sup>a</sup>—Si principiadas ya las dos referidas corridas se suspendiesen por cualquier motivo, el empresario abonará al Rodríguez, los treinta y seis mil reales del ajuste, como si se hubieran verificado aquéllas.

»9.<sup>a</sup>—Será obligación del Rodríguez, presentarse en esta capital con su cuadrilla precisamente el día 6 de septiembre próximo, viniendo, a fin de que no pueda demorarse por falta de la cuadrilla que se den las corridas en los días prefijados.

»10.<sup>a</sup>—Si por enfermedad u otro impedimento físico legalmente justificado no pudiese el Rodríguez presentarse en esta Capital, a lidiar los toros en las dos referidas corridas, será de su cuenta buscar y enviar otro espada que le reemplace, de los conocidos que le sean igual en clase y categoría, dando aviso con anticipación al empresario si fuese posible.

»11.<sup>a</sup>—Cualquier acontecimiento que pudiese ocurrir no previsto en este contrato, se arreglará y determinará amistosamente por los otorgantes conforme a la costumbre establecida.

Bajo cuyas condiciones que ambos otorgantes prometen guardar y respetar como establecidas con su anuencia y conformidad, se comprometen con sus bienes al cumplimiento de este contrato en la parte que les es respectiva, y a no reclamarlo de modo ni con motivo alguno bajo su responsabilidad. Así lo otorgan y firman con los testigos que los son D. José María Córdova, D. José Navarro Facundo y D. Antonio Navarro Corrochano, de esta vecindad, de todo lo cual y conocimiento doy fe.—Juan Rubio y Rubio.—José Rodríguez, *Pepete*.—José María Córdova.—José Navarro.—Antonio Navarro.—Ante mí: Félix Fernández».

\* \* \*

José Rodríguez y Rodríguez, fué padrino de pila del famoso Rafael Guerra (Guerrita), que nació en el mismo año, y poco tiempo antes, un mes del trágico fin de su padrino.

Los actuales matadores de toros Rafael Rodríguez (Bebe Chico) y Manuel Rodríguez «Manolete» son sobrinos del infortunado «Pepete», hijos de un hermano fallecido en este año de 1911, que se llamó Manuel, y llevaba como apodo el de «Manolete» también.

II

JOSE RODRIGUEZ DAVIE

El segundo «Pepete», se llamó José Rodríguez Devie.

Había nacido en San Fernando (Cadiz) el 14 de mayo de 1867.

Comenzó casi un niño la profesión de lidiador, con otros de su edad, figurando en esa cuadrilla infantil como banderillero de punta; y hasta su ingreso en el servicio militar siguió en un principio en ella y más tarde por su cuenta toreando en muchas novilladas de las que por los pueblos de Andalucía se daban por aquellos años.

Su permanencia en las filas no duró mucho tiempo, pues se redimió a metálico, y otra vez en libertad volvió a su profesión antigua, entrando de banderillero en la cuadrilla del buen torero valenciano Joaquín Sanz «Punteret», al que acompañó a Montevideo en 1888, substituyendo a su jefe como matador, hasta terminar el contrato, al ocurrir la cogida y muerte de aquel en la plaza de la Unión, al ir a poner un par de banderillas en silla.

En Madrid se presentó aquel mismo año como banderillero del veterano matador Manuel Hermosilla, y en las novilladas de aquella canícula lo hizo como matador de novillos. La primera que estoqueó fué la celebrada el 5 de agosto, en la que era el otro espada Tomás Parrondo (el Manchao).

Como matador de novillos siguió actuando, en general con aplauso de casi todas las plazas de España y en muchas corridas, durante los años 89, 90 y parte del 91, en que tomó la alternativa en el Puerto



de Santa María, el 31 de agosto, de manos de Luis Mazzantini; y en Madrid el 3 de septiembre, cuatro días después, de manos de Rafael Guerra «Guerrita».

De él dice Sánchez de Neira, en su «Gran Diccionario Taurómico» que era, de cuantos matadores tomaron la alternativa en 1891, el que más condiciones de formalidad presentaba para llenar su cometido.

El «Bachiller González de Rivera» opina de este «Pepete», que era «mozo corpulento y denodado, rubio como las candelas, matador valiente, seguro y hábil, torero basto y seco, de repertorio corto que tuvo gran aceptación y popularidad en Madrid (refrendada por «Guerrita» con reses de D. Manuel Bañuelos en 3 de septiembre de 1891), es de las más lucidas que se han visto, y que, obscurecido, sin razón ni motivo a raíz de ella, siguió hasta su fin desventurado».

P. P. Chanela, ha escrito de él:

«Exento de pretensiones y fatuidades, era «Pepete» un torero muy aceptable, conocedor de sus facultades, serio y con la mejor voluntad imaginable».

Su desgraciada suerte, ocurrió en Fitero (Navarra) el 12 de septiembre de 1899, produciéndose el toro «Cantinerero» de Zalduendo, tercero de la tarde, en las circunstancias, que también esta vez quiero que sean otros los que las describan.

Refiere el B. G. R. de este modo el percance:

«José Rodríguez Davie «Pepete», salía perseguido por el toro «Cantinerero», el 12 de septiembre de 1899; tomó las tablas seguido por la res, que saltó tras de él. Hallábase el callejón lleno de espectadores como de común sucede; no pudo revolverse el espada para saltar a la plaza, fué alcanzado por la res, que lo volteó, arrojándolo al redonde del herido de una gran cornada en el muslo izquierdo. El segundo «Pepete», fué conducido al domicilio de un su amigo, y declarada la gangrena murió al día siguiente: abrazado a un cuadro de la Virgen del Carmen andaluza, pidiéndola que no desamparara a sus hijas pequeñas. Hizo bien en recurrir a la bondad divina, porque sus compañeros para nada se preocuparon de aquella triste orfandad».

He aquí ahora lo que se lee en «Los Toros» en una efemérides en que se conmemora la faena:

«La desgracia acaeció en Fitero (Navarra), en cuya plaza de toros, y al lidiarse el tercer bicho de la corrida celebrada el 22 de septiembre de 1899, salió «Pepete» perseguido por la res al hacer un quite al picador «Cerrajas». Saltó el diestro la barrera, y tras él pasó al callejón impetuosamente el toro, que era de la ganadería de Zalduendo; en el

callejón había numerosos espectadores que impidieron revolverse al torero, y fueron causa de que el toro le alcanzara en un derrote, volteándolo y arrojándolo al redondel después de haberle inferido una espantosa cornada en el muslo izquierdo.

En el acto fué conducido «Pepete» a la casa de su amigo don Baldomero Pina, donde se hospedaba, y se le asistió con solícito esmero. La herida era muy grave, pero de otras mayores se han logrado cu-



ras completas, y en los primeros momentos hubo esperanzas de que el desdichado diestro pudiera salir con vida. Por desgracia, se declaró la gangrena de un modo tan rápido, que la tarde siguiente dejaba de existir José Rodríguez».

De Rodríguez Davie, dijo a raíz de su muerte el escritor taurómaco, que firma con el pseudónimo de «Macandito»:

«El diestro que con «Lagartijillo», primero, con «Bonarillo» después, sostuvo el interés y compartió las palmas en las novilladas de los años 1888 a 1891, siendo popular y muy querido para el público de Madrid, ha hallado trágica muerte en Fitero, el 13 del corriente.

»Obscurecido desde poco después de tomar la alternativa, en 3 de septiembre de 1891, de manos de «Guerrita», con toros de Bañuelos, «Pepete», que de novillero frecuentó mucho la plaza matritense, volvió a ella de matador de toros, en contadas ocasiones. Aparte las corridas de la segunda temporada de 1891, en que figuró en el cartel de abono, sólo lidió en este circo una tarde del mes de Julio de 1892, con toros de Pérez de la Concha, en unión del «Torerito» y «Jarana», y otra en agosto del 96, de «Mateito», con reses de Biencinto, siendo la última corrida que toreó la patriótica de 12 de mayo de 1898, en que estoqueó un toro de los que fueron rejoneados, perteneciente a la vacada de D. Filiberto Mira.

Fué de los que al tomar la alternativa se obscurecieron.

¡Quién había de decirle en aquella tarde de su doctorado en que rayó a gran altura que le esperaba la muerte en una corrida de un pueblo, lejos de aquella plaza que tanto le quería!

Los hermanos «Fabrilo» tuvieron un «sino» trágico, como ha dicho en este semanario uno de sus colaboradores; los dos diestros homónimos de Córdoba y San Fernando le han tenido también. Ambos cayeron en el ejercicio de su profesión; un choque casual mató al padrino de «Guerrita», en el circo madrileño; una fatalidad ha llevado a morir al que hoy, más que nunca, puede llamarse «el otro Pepete», a la modesta plaza de Fitero.

«Se presentó en Madrid como matador de novillos la tarde del 5 de agosto de 1888, en unión del «Manchao», siendo el primer toro que estoqueó «Bragadito», de don Angel G. Nandín, núm. 16, berrendo en negro y despuntado del izquierdo. A fines del mismo mes estoqueó sólo una corrida con dos toros del Duque y dos de Pérez de la Concha; en la que su trabajo fué brillantísimo, sobre todo al dar fin del cuarto, «Rosquero», de Veragua, con un pinchazo recibiendo y un volapié monumental.

Comenzó su popularidad que alcanzó tal auge que año hubo en que ganara «catorce mil duros» como novillero.

El 25 de agosto del 86, un toro Miura, cárdeno obscuro, salpicado

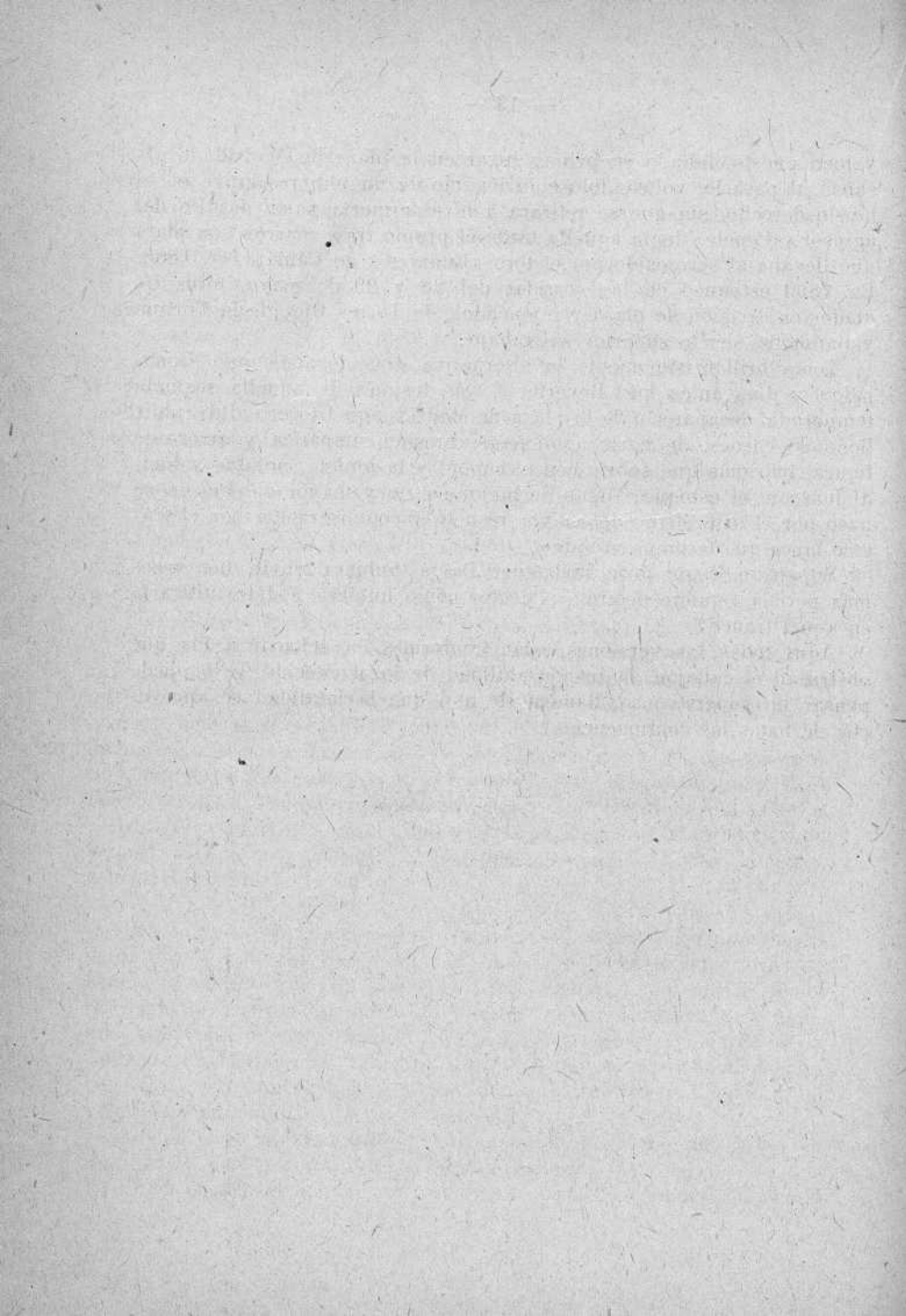


y bien puesto, lidiado en primer lugar en la plaza de Madrid, lo alcanzó al pasarlo, volteándolo e hiriéndolo de un puntazo grave en el muslo derecho, sin que se retirara a la enfermería hasta dar fin del agresor. «Pepete» lucía aquella tarde el propio traje marrón con plata que llevaba al ser cogido por el toro «Lunares», de Cámara, en 1888. En 1890 estoqueó en las corridas del 28 y 29 de mayo, toros lidiados en división de plaza y rejoneados, de Torres Díez de la Cortina y Bañuelos, siendo superior su trabajo.

Tomó brillantísimamente la alternativa días después que «Bonarillo» y días antes que Reverte. Y ya, después de aquella segunda temporada, desapareció de la plaza de Madrid, aquel torero alto, rubio, lleno de carnes, de nariz aguileña, expresión simpática y arrogante figura, frío más que sobrio con el capote y la muleta, notable y lucidísimo con el estoque; digno de mejor suerte y mayor aprecio en su paso por el arte, digno del mayor respeto y conmiseración por el trágico lance que terminó su vida».

Supongamos que José Rodríguez Davie, hubiera tenido diez veces más pericia ¿quiere decirme el lector cómo hubiera podido utilizarla en aquel trance?

Aquí todas las versiones están conformes en achacar a los que obstruían el callejón, la responsabilidad de lo acontecido. ¿No puede pensar un supersticioso, llamémosle así, que la fatalidad se aprovecha de todas las contingencias?



III

JOSE GALLEGO MATEO

Y llegamos al tercer «Pepete», José Gallego Mateo, que fué conocido por José Claro, nombre que ya su abuelo llevaba substituyendo con él el verdadero apellido.

Había nacido en Sevilla el 19 de marzo de 1883, y su primer oficio fué el de herrero, que no tardó en abandonar para comenzar sus correrías como «aficionadillo», por capeas y tentaderos, haciendo su «debut» como matador, después de haberlo intentado todo lo que con valentía se puede hacer con los toros, en Torrejoncillo, donde a ocho días fecha de haber estoqueado la primera res, sufrió una cojida de alguna importancia, primera también de la serie, y a la que siguió en el 3 de mayo de 1904, le infirió en Paradas un toro de Halcón al intentar el quiebro de rodillas, toreando con «Bienvenida», lo cual, es decir el estar herido, no le impidió torear el día siguiente reses de Anastasio Martín, con el mismo espada por compañero.

Después, ya restablecido, el 24 de junio toreó en Osuna una corrida de Taviel de Andrade, y el 3 del mes siguiente, se presentaba en Sevilla, como matador de novillos, con «Corcharito y Cantaritos», para despachar los seis toros de don Anastasio Martín, que había encerrados.

El éxito alcanzado por el muchacho, y el entusiasmo que en Sevilla despertó, tan sólo puede encontrársele precedente en la aparición de Manuel García (el «Espartero») y como a él desde el primer momento le sobrecargaron con una fama muy difícil de sostener en-



tre los toros, la fama de valiente, que ese mismo público idólatra, le exigirá que un día y otro, y en todos los lances, justifique, sin importarle las consecuencias, que de antemano y por designio suyo, para su nombre guarda el panteón del romance popular.

La valentía, la guapeza, el querer sostener el cartel de *eso*, ha matado más toreros que la ignorancia. Repátese la lista de las víctimas de la tauromaquia y desde «Pepehillo» a «Pepete», véase si no son los caídos aquellos precisamente que los públicos aureolaron con la reputación de más bravos. Y claro, como un acto de guapeza es una imprudencia, y una imprudencia cae fuera de las reglas del arte, llamamos ignorante de él al que la comete, aunque se trate de un «Pepehillo», aunque se trate de un Montes el grande, y de un «Fras-cuelo» y de un Fuentes y de un Machaquito, lo bastante cogidos por los toros, para que, los que no han muerto de una cornada de entre ellos, hubieran podido morir; porque supongo que el arte, la pericia, la inteligencia, no podrán impedir que un cuerno penetre en un determinado sitio del cuerpo del diestro, cuando está enganchado, es volteado, o derribado, y recogido, como a esos citados y a otros que no cito les ha ocurrido con frecuencia.

Pero volvemos a nuestra historia.

Ello es, que bastó que en una sola corrida «Pepete» estuviera valiente y decidido, que atacara recto a sus enemigos y los estoques quedaran en buen sitio, para que del coso saliera la gente proclamándole el rey..., «los riñones», el único, el mejor, con «guapeza él sólo para formar un «trust».

Unas veces con igual fortuna, con menos, y algunas con «el santo completamente de espaldas» continuó su camino, abonado siempre por la fama, que una vez decidida ya no sabe rectificar.

«Pepete» seguía siendo el torero de más... «riñones», y los vivos a los riñones de «Pepete» persistían indelebles en los muros de las casas sevillanas, donde la «afición» los estampara con brocha gorda.

«Pepete», no tenía más remedio que responder como bueno a la reputación adquirida, y por que la merecía, por auto sugestión, o porque sacaba fuerzas de flaqueza, no pudiendo hacer otra cosa se dejaba acribillar a cornadas... y vuelta a empezar.

El de 11 mayo de 1905, porque ya no era posible demorar un solo día, la presentación del «fenómeno» en Madrid, se presentó con todo el peso de su fama en la novillada que en aquella fecha se celebró con cuatro toros del duque de Veragua y cuatro de doña Prudencia Bañuelos, figurando al lado de los matadores de novillos An-

tonio Boto «Regaterín», Manuel Mejías «Bienvenida», hoy matadores de toros y Angel González «Angelillo».

«Pepete» no se comía los toros, estuvo valiente y torpón; pero decididamente no se comía los toros, salió pensando el público madrileño que con razón pudo suponer, por lo que de Sevilla decían, que ver a José Gallego, frente a un toro había de ser espectáculo emocionante y hasta espeluznante.

He aquí lo que «El Toreo» reseñó de su labor, en ese día:

«Pepete» que vestía de azul y oro, y que largó un brindis morrocotudo, tanteó con un pase de «jinda», tomando al toro con precauciones junto a las tablas del 10, y siguió ayudado por todos los toreos, dando un susto por pase, y mostrando más valor e ignorancia que práctica y arte. Entre el barullo y carrera dió tres pases de pecho, uno cambiado, diez derecha, uno natural y catorce altos, y entrando cuando menos debió, por no estar el toro en suerte, en tablas del 7, atizó una estocada corta a un tiempo sin soltar y luego entró, desde cerca, frente al mismo tendido, perfilándose con el pitón izquierdo, y metió una corta, un poco ladeada, quedando desarmado. Luego casi en los medios, largó un pinchazo barrenando sin soltar, y otro lo mismo, y una estocada hasta las cintas, entrando en los medios al volapié, recto, sobre corto y como Dios manda. Al salir de la suerte el toro lo atropelló, derribándolo, y cayendo a su vez, pero para siempre».

Su faena en el séptimo fué la siguiente, siempre según el popular Juan de Invierno

«Pepete inauguró su faena con un desarme frente al 7 al dar un pase con la derecha. El toro se cuadró frente al 8, el diestro miró al público como preguntándole lo que debía hacer; hubo sin duda alguna mirada que le dijo: «anda y entra por uvas», y el angelito entró gapeando y soltó una estocada honda, ladeada y con tendencias; ¡qué lástima! Después hubo su miajita de abaniqueo, una vez extraída la espina, y no con la cayada que, hecho un San Roque, ofreció el puntillero tímidamente, entró el matador nuevamente delante del 10, sin observar que el viento le llevaba los vuelos de la muleta hacia el estómago, donde recibió un golpe soberbio con el cuerno mogón y cayendo en la cara. La estocada fué corta y bien puesta».

Sigamos ahora en este relato, lo que dice uno de sus biógrafos:

«El jueves 17 de mayo volvió José Claro a torear en Madrid, en novillada en que se lidiaron siete toros de Biencinto y uno de Gamero Cívico, estoqueados por «Regaterín», Gregorio Taravillo («Platerito»), él y «Angelillo», repuesto ya del trompicon sufrido el día 11.

Sigo copiando las impresiones del decano de la prensa taurina, reputado como imparcial y verídico. El tercer toro se llamó «Ardillo», de Biencinto, carno obscuro. Habla «Juan de Invierno»: «Pepete» de azul turquí y oro, dió varias disposiciones, y empezó con un pase bueno, cambiado, intentando el toro saltó por el 9; colocándose bien, parando y revelando valentía, aunque un total desconocimiento, dió tres pases naturales, dos derecha, otro cambiado, por bajo, otro natural, saliendo hecho un gazapo bajo el toro, que se coló, y un alto, saliendo perseguido. El bicho después del séptimo pase, se coló al burladero situado frente al 8; continuó el niño su faena como mejor pudo, que fué el salir con suerte de todo lo que hizo, y entró en tablas del 5 para dar al revuelo de sí mismo un pinchazo sin soltar, y después una estocada corta, delantera y caída, a un tiempo y sin deber salir. Por último, entró con la mar de valor frente al tendido 2, y soltó una estocada hasta el puño, pero algo delantera, siendo empitonado y lanzado a gran altura, sin consecuencias desagradables: («Ovación»).

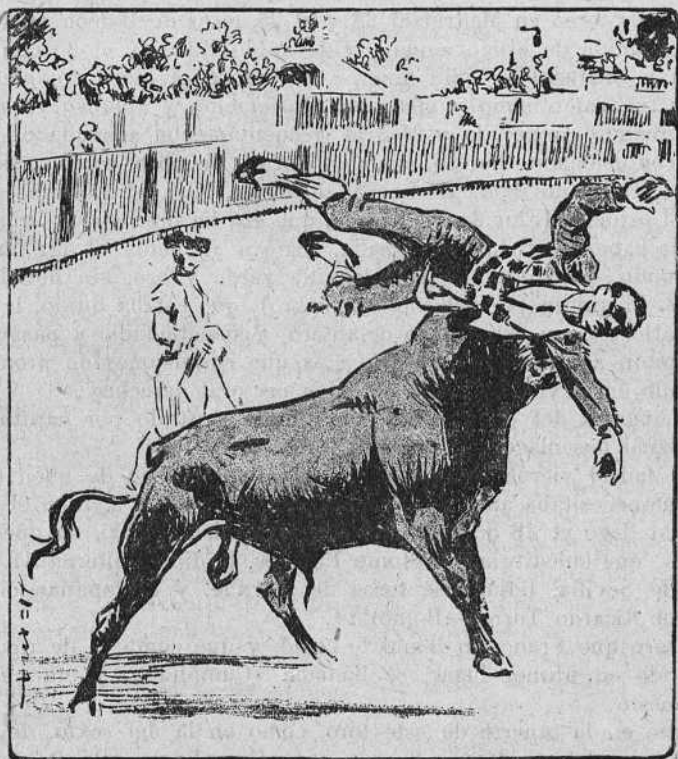
»Al séptimo («Toledano», de Biencinto, cornalón y colorado), «lo pasó a su modo, dando una natural, cinco con la derecha y una baja, por irse de la suerte. En tablas del 4 se metió una vez más, y dejó una estocada bien señalada, que derrumbó al bicho. «Palmas».

»Con su cartel ya de Madrid, en donde sino de otras cosas, se acreditó de arrojado y pundonoroso, marchó a torear la novillada del 21 de mayo en Sevilla, en la que debía lidiar reses de Otaolaurruchi, en unión de Manuel Pérez («Vito») y Joaquín Delgado Vela. «Pepete» había toreado ya en 14 de aquel mes una novillada de Anastasio Martín, en Sevilla, alternando con Fernando Gómez «Gallito». despertando grandes entusiasmos de los núcleos que le eran adictos. Salió el 21 oyendo muchas palmas en el paseo, y al hacer el primer quite en el primer toro un berrando en negro grande y bien armado, se le echó encima, volteándole. «Papete» se levantó con una gran mancha de sangre en la camisa y fué llevado en brazos a la enfermería, donde el famoso y simpático Doctor Sánchez Lozano, le apreció una gravísima herida a nivel del quinto espacio intercostal, interesando los músculos del pectoral mayor, no penetrante, en la cavidad torácica, de cinco centímetros de orificio de entrada y veinte de profundidad, un «cornalón» tremendo que puso en gravísimo riesgo la vida del diestro despertando en su alrededor generales simpatías y aumentando los entusiasmos de sus adeptos. Sanó de él con rapidez relativa y volvió a las lides en la plaza de Sevilla el 9 de julio, toreado reses de Moreno Santamaría, y siendo aplaudido con entusiasmo, particularmente



en la muerte del quinto toro (berrendo en negro), que brindó al doctor Sánchaz Lozano. Siguiéron los entusiasmos al ver que tan gravísima herida no amenguara en nada los bríos del muchacho, y siguieron los letreros por las calles y las discusiones y los adjetivos.

»En la novillada del 16 de julio, «Pepete» vió morir en la plaza de Sevilla a su banderillero Manuel Montaña, a cuyo lado comenzó a torear. Fué en el primer capotazo al primer toro («Playero», de Anastasio Martín, negro) al tomar un burladero. Cuestión de un instante.



Rematar el bicho alto y con ímpetu; el cuerno que penetraba casi en su totalidad por la axila derecha del diestro, llegando al cuello, y la muerte minutos después en la enfermería. Muy poca gente se dió cuenta de la gravedad del percance, que no tuvo aparato alguno. Ni

aún siquiera perdió tierra el banderillero. La corrida siguió... «Pepete» mató valentísimamente al causante de la catástrofe, sufriendo un ligero pitonazo en el pecho y en el cuarto toro (de igual vacada, «Aguito», negro) hizo, al decir de buenos aficionados imparciales e inteligentes, la faena más completa, inteligente y lucida que hasta entonces hiciera, coronándola con una estocada contraria a un tiempo, saliendo de la suerte limpiamente y siendo objeto de una ovación extraordinaria, que duró el resto de la corrida y mientras mató el sexto toro («Retirado», negro) en sustitución de Pío, que era el encargado de hacerlo, herido al hacer un quite por el mismo cornúpeto.

Después toreó en Madrid el 23 y el 25, reses de Halcón, en la primera en unión de «Bienvenida», y de Pablo Romero, el 25 con «Regaterín y Bienvenida». Sin tener éxito franco ni faena completa, su trabajo fué valentísimo y visto con expectación y aplauso. Y así siguió toreando en Sevilla y Madrid frecuentemente, achuchado, revolcado, contusionado, herido, siempre torpe, siempre sereno, siempre valiente. En la novillada de Sevilla de 30 de julio lidió Miuras con el Vito. El primero (Flor de lis, negro), que era un miureño legítimo que llevó de cabeza a toda la cuadrilla, cogió a «Pepete» al dar un pase en redondo, destrozándole la taleguilla verde y oro, sin herirle por fortuna. El quinto («Pinchasapos», negro), que estaba huído, le cogió al matarle con un estoconazo delantero, suspendiéndolo y pasándose-lo de pitón a pitón, sin causarle más que contusiones de pronóstico reservado en el vientre, ingle y región pectoral derecha».

La historia del «Espartero», se repetía capítulo por capítulo; y hasta igual desenlace era previsto.

En Madrid vieron a un muchacho valiente, lleno de buen deseo, pero que necesitaba aprenderlo todo para llegar a ser algo en el toreo.

Y así llegó el 28 de septiembre de ese mismo 1905, en que «Bonarillo», que substituía a Antonio Fuentes, le dió la alternativa en la plaza de Sevilla, lidiándose toros de Murube, y acompañándoles en el cartel Ricardo Torres «Bombita».

El toro que Francisco Bonal le cedió, y que como es de rigor fué el corrido en primer lugar, se llamaba «Cumplido», y era negro y bien puesto.

Tanto en la muerte de este toro, como en la del sexto, de nombre «Arroyuelo» e idéntico trapío que «Cumplido», «Pepete» estuvo bien, especialmente en la del último, al que acabó con una estocada que el público aplaudió con entusiasmo.

Terminó en aquel año y comenzó el siguiente sin que nada notable puede apuntarse en las corridas en que tomó parte.

El 27 de mayo del año 1905, confirmó esta alternativa en Madrid, cediéndole Antonio Moreno «Lagartijillo», el primer toro de la corrida de Beneficencia celebrada en ese día, en la que, además de los dos citados, figuraban como matadores Antonio Fuentes y Antonio Montes.

Los toros pertenecían a las vacadas del duque de Veragua; y don Félix Urcola, que se estrenaba en la villa y corte.

El primer toro que «Pepete» mató como espada de cartel en Madrid, era de Veragua, se llamó «Casuquito» y era negro y bien armado.

En «El Toreo» del día 28 de aquel mes, puede hacerse este juicio de la labor del recipiendario:

«El toro estaba sumamente aplomado. Sucedió el preámbulo de la alternativa; dada con gran seriedad por Antonio Moreno, y el novato que vestía terno color hoja seca con oro y cabos verdes, brindó y se fué hacia el manso, que tenía franca tendencia a la huida. Tanteó con un pase de pecho en terrenos del 9, saliendo achuchado, y ya en los medios dió uno cambiado por bajo; recibiendo un nuevo achuchón y consintiendo ayudas. Desde entonces toreó en todos los tercios de la plaza, metiéndose en el terreno del toro, eso sí, pero demostrando la ignorancia más supina respecto a las condiciones de su enemigo y a los tercios en que debía torear. Ejecutó, en resumen, sin aguantar ni recoger, y además de los antes dichos, once cambiados, por bajo los tres primeros, cinco altos, colándosele el toro al engendrar el primero de esta clase, siete con la derecha y nueve naturales, y frente el 10 quiso meterse a herir, pero «Lagartijillo» le quitó el toro con oportunidad. En el mismo terreno en que lo había intentado, el matador entró mal al volapié y soltó un pinchazo en hueso, saliendo despedida el arma. Luego y frente al 9, entró a herir nuevamente, sin echar de ver que el toro estaba un poco adelantado, y metió el brazo, resultándole la estocada contraria y «quedándose» cogido y siendo volteado sin consecuencias. El hombre, haciendo alarde de temeraria inconciencia, se levantó en la misma cara del toro—que no volvió a cogerle gracias al oportunísimo capote de Rodas—y se colocó de rodillas, provocando este desacierto grandes muestras de desagrado en el público. Más arte, señor «Pepete», y menos temeridad, ¡eso es lo que hace falta!»

»En el octavo que era de Urcola, negro, girón y bien armado también, y «Gorgogito» de nombre, hizo el debutante esta labor descrita igualmente por «El Toreo»:

»*Pepete* empezó a torear con despego y concluyó lo mismo. Su faena se redujo a cinco naturales, tres altos, uno cambiado y uno de

pecho, para una estocada algo tendida en tablas del 4. Después recetó una corta al volapié en tablas del 3 y puso fin a la fiesta de su doctorado con una estocada ida en la misma valla del 4. En la apreciación de la corrida dice: «*Pepete*, que alternó ayer tarde por primera vez en esta plaza, tuvo el santo de espaldas, no logrando con su trabajo, complacer a la concurrencia».

\* \* \*

A contar de esta faena, es la historia de «*Pepete*» demasiado de nuestros días, para que el lector, si es aficionado al toreo, no recuerde los hechos más salientes y tenga formado juicio sobre los méritos del lidiador que acaba de desaparecer en pleno ejercicio.

Dos o tres tardes de fortuna en Madrid, una temporada, la primera, muy brillante en México, algunos triunfos aislados en provincias, muy señalado el de Valencia toreando con «*Gallito*» el 18 de octubre de 1908, constituyen el haber de nuestro torero, que a decir verdad en las temporadas de 1908 y 1909, había dado un gran estirón en lo que a conocimientos y arte se refiere.

La falta de espacio nos impide seguir paso a paso el desenvolvimiento de esas facultades y aptitudes, pero lo repetimos, es demasiado reciente su desaparición del palenque, para que sea necesario refrescar la memoria del aficionado.

\* \* \*

Y hemos ya en la última página, en la página trágica.

Para la corrida que el 7 de septiembre de 1910, había de verificarse en Murcia, estaban ajustados «*Bombita*» y «*Machaquito*»; pero a consecuencia de la cojida que en Málaga sufrió el primero, le imposibilitó de cumplir el compromiso, y envió como sustituto a José Gallego.



Se lidiaban toros de Parladé, y el primero, de nombre «Estudiante», era negro, buen mozo y bien armado, y fué el que ocasionó el percance, que así refiere una de las revistas de la corrida:

«A su salida, «Machaquito» le da unas verónicas aceptables y una larga cambiada. Acto seguido entra «Estudiante» al caballo de «Majito», y quita «Machaco». Entra a picar el «Gordo» y cae en los mismos pitones; al tratar de recogerlo el toro, «Pepete» hizo un quite colosal, rematando poniendo la montera que el testuz y oyendo la última ovación de su vida. A su vez repite «Majito», da una caída tremenda y «Pepete» quiere librarlo. Acude al quite, y el toro, que salía suelto, tropieza con Claro, derribándolo. El público no se dió cuenta de lo que había ocurrido; pero en el momento de levantarse el diestro de la Puerta de la Carne, echóse mano al vientre y exclamó: ¡Cogerme, que me muerdo! «Pepete» fué trasladado a la enfermería por varios monosabios, su pariente y mozo de estoques «Farol», el puntillero «Triguero», y el banderillero «Blanquet», dejando un reguero de sangre por donde pasaba».

Momentos después «Pepete» dejaba de existir en la enfermería, sin que esta vez tampoco sea posible, para nosotros, descubrir, que fuese la ignorancia la que mató al torero.

¿No se ve mejor el dedo de la fatalidad, que parecía ya de antemano tener señalado a este tercer «Pepete», como había señalado a sus dos antecesores?

Cuando de esas cosas que están más allá de toda experiencia se trata, la duda es lo menos que se puede aconsejar.

\* \* \*

Las numerosas cojidas que sufrió José Gallego Mateo, en los pocos años que pudo dedicarse al toreo, ocuparían muchas páginas en este volumen, y andamos escasos de ellas. Basta decir que, como «Lagartijo» solía repetir, hablando de sí mismo en lo que en los primeros años de torero le ocurría, «*Pepete* ha pasado más tiempo por los aires que en los redondeles».

Fueron algunas de esas cojidas de suma gravedad, y bastantes de ellas, de tener un desenlace fatal, de las que hubieran probado lo

que se ha querido demostrar: que a «Pepete» le mató su ignorancia, y que no lo prueba la que le infirió «Estudiante».

Tal es contada a grandes rasgos, la historia trágica de los tres «Pepetes».

¿Pesaba sobre el remoquete esa la fatalidad?

¡Quién sabe!

UNO AL SESGO.

Dibujos de *Lizana*.

FIN.